

Identidad, sociedad y política

Judit Bokser Liwerant y Saúl Velasco Cruz
(coordinadores)



Universidad Nacional Autónoma de México

2008

CONTENIDO

| | |
|--------------------|---|
| Introducción | 9 |
|--------------------|---|

Parte I: Perspectivas teóricas

| | |
|--|----|
| Identidad, diversidad, pluralismo(s). Dinámicas cambiantes en los tiempos de globalización..... | 25 |
| <i>Judit Bokser Liwerant</i> | |
| Identidades colectivas: avances teóricos y desafíos políticos..... | 45 |
| <i>Luis Roniger</i> | |
| Después de los nuevos movimientos sociales | 69 |
| <i>Michel Wieviorka</i> | |
| Neopluralismo y los retos a la ciudadanía en Latinoamérica..... | 95 |
| <i>Philip Oxhorn</i> | |

Parte II: Identidad, migración y diversidad

| | |
|---|-----|
| Talentos latinoamericanos: entre estrategias corporativas y políticas migratorias | 125 |
| <i>Olga E. Fernández</i> | |
| Latinos y sajones: ¿hacia una hibridación de la cultura estadounidense? | 139 |
| <i>Jorge Alberto Ibañez</i> | |
| La persuasión multicultural en México y Estados Unidos..... | 149 |
| <i>José Antonio Aguilar Rivera</i> | |
| Destellos de nación: nuevas identidades y espacios políticos alternativos. Algunas consideraciones en torno a la denominada “diáspora vasca” | 181 |
| <i>Ignacio Irazuzta</i> | |

Parte III: Identidades corporativas y profesionales

| | |
|--|-----|
| Políticas identitarias, reformas educativas y salud mental en el magisterio mexicano..... | 205 |
| <i>Verónica Sieglin y María Elena Ramos Tovar</i> | |
| Empresarios y democracia: configuración de la identidad política del empresariado en México | 235 |
| <i>Alicia Ortiz Rivera</i> | |
| El proceso de los cristianos identificados con la teología de la liberación | 253 |
| <i>Raquel Pastor</i> | |

Parte IV: Identidad y educación

| | |
|---|-----|
| Educación pluricultural en México | 275 |
| <i>María del Socorro García Jacales</i> | |
| Del malestar en la educación bilingüe: el magisterio indígena frente al éxodo rural masivo..... | 295 |
| <i>Bruno Baronnet</i> | |
| Transmitir la identidad. El espacio educativo como medio para la preservación, construcción, reconstrucción y transmisión de la identidad colectiva en la comunidad judía en México | 311 |
| <i>Frida Staropolsky</i> | |
| El déficit de la política: la organización estudiantil en el conflicto de la UNAM..... | 327 |
| <i>Carlos Hernández Alcántara</i> | |

Parte V: Políticas e identidades étnicas en México

| | |
|---|-----|
| Las políticas públicas, etnicidad y la construcción “del otro”. Un estudio sobre los mazahuas en un municipio mexiquense..... | 345 |
| <i>Helene Bålslev Clausen</i> | |
| Desafíos indígenas al federalismo mexicano. Los municipios autónomos zapatistas de Chiapas y la policía comunitaria de Guerrero | 369 |
| <i>Saúl Velasco Cruz</i> | |
| La reproducción social de las lenguas indígenas. | 397 |
| <i>Ernesto Díaz Couder Cabral</i> | |
| Políticas públicas e identidades híbridas. Un caso en las comunidades indígenas de México | 425 |
| <i>Daniel Gutiérrez Martínez</i> | |

Parte VI: Identidades políticas en América Latina

| | |
|---|-----|
| Democracia e institucionalidad en Chile. Una memoria para desartmar | 455 |
| <i>Gilda Waldman M.</i> | |
| La crisis de Argentina en diciembre de 2001. “Cacerolazos”: irrupción del antagonismo y emergencia de nuevas identidades..... | 475 |
| <i>Paula Biglieri</i> | |
| Entre el reconocimiento y la redistribución: dilemas de la acción política antirracista en Brasil | 503 |
| <i>Paulo Sérgio Da Costa Neves</i> | |
| Melancolía por lo político. Trabajo de duelo sobre la identidad política y cultural de América Latina | 529 |
| <i>María Concepción Delgado Parra</i> | |
| Ciudadanía y transnacionalismo. Las organizaciones políticas de los inmigrantes peruanos en Santiago de Chile y el surgimiento de la “Lima Chica” en el periodo 1990-2004 | 547 |
| <i>José Carlos Luque Brazán</i> | |
| Referencias curriculares de los autores | 571 |



Identidad, diversidad, pluralismo(s).

Dinámicas cambiantes en los tiempos de globalización

JUDIT BOKSER LIWERANT



Un acercamiento inicial

Nuestra época conoce nuevas formas de ser de la cultura cuyas expresiones y alcances no son unívocos. La cultura es territorio de encuentros; espacio de construcción de sustratos comunes y, simultáneamente, es ámbito de expresión de diferencias. Como espacio de creación y recreación de identidades cuyo carácter es a la vez colectivo y particular, marca la definición misma de las fronteras de la pertenencia. Por ello, la cultura no es sólo dominio de construcción de la cohesión social, ya que ella misma puede convertirse en fuente de fractura social.

Como ámbito en el que viejas y nuevas identidades colectivas reclaman su reconocimiento, la cultura amplía su espectro de incidencia sobre la definición de las fronteras grupales. De allí al construirse como significado que confiere relevancia a las relaciones, a los mecanismos y a los arreglos de la convivencia social y a sus ordenamientos institucionales, expresa y a la vez conforma transformaciones espaciales y epocales. Desde esta óptica, la visibilidad pública de la diversidad tiende a redefinir la noción misma de homogeneidad cultural o cultura nacional. Esta ya no implica primordialmente procesos simbólicos que deslindan y separan entre lo externo y lo interno, lo propio y lo ajeno, de modo tal que su tradicional función delimitativa se ha visto reducida. Los procesos de globalización, tanto económicos como sociales, políticos como culturales y los consecuentes flujos transfronterizos tecnológicos, comunicativos y humanos se insertan en una nueva lógica de articulación de lo local, lo nacional, lo regional y lo global. El mundo social adquiere un nuevo movimiento, menos certeza, mayor complejidad y sus fronteras se flexibilizan o endurecen alrededor de ejes transversales y horizontales. Así, en el marco del carácter

multidimensional de los procesos de globalización asistimos a una transformación de las ecuaciones identitarias prevalecientes.

Aunque no existe acuerdo entre los principales estudiosos y teóricos de la globalización en torno a sus orígenes o a sus características fundamentales, todos ellos coinciden en identificar cambios radicales que trastocan los referentes espaciales, temporales, geográficos y/o territoriales, sin los cuales sería imposible pensar las relaciones económicas, políticas, sociales y culturales en el mundo contemporáneo.¹

Entre los cambios que afectan más sensiblemente los referentes espaciales y temporales se reconocen: los medios de comunicación que intensifican la densidad y rapidez de las conexiones transfronterizas, gracias a las múltiples y diversas combinaciones entre las telecomunicaciones, las computadoras digitales, los medios audiovisuales y los satélites; las empresas globales, las redes de alianzas y asociaciones que establecen y los productos globales que desarrollan y promueven y la articulación de organismos supranacionales que tienden a armonizar y estandarizar criterios de política económica, social y cultural, entre otros.

Todas estas tendencias están estrechamente relacionados entre sí y subrayan aspectos del mismo fenómeno: el hecho de que el tiempo y el espacio dejan de tener igual influencia en la forma en que se estructuran las relaciones e instituciones sociales. Esto implica la desterritorialización de los arreglos económicos, sociales y políticos, lo que significa que éstos no dependen ni de la distancia ni de las fronteras ni influyen de la misma manera en la configuración final de las instituciones y de las relaciones sociales.² Consecuentemente, la interacción social se organiza y estructura teniendo como horizonte la unidad del planeta. La localización de los países y las fronteras entre los Estados se tornan de esta manera más difusas, porosas y permeables y las conexiones globales, que se extienden por todo el mundo, se intensifican en virtud de que pueden trasladarse instantáneamente de un lugar a otro.

El mundo se estructura como un espacio a la vez único y diferente. Mientras que por un lado las fronteras territoriales pierden importancia y, por primera vez se pueden construir identidades y comunidades independientemente de sentimientos, espacios y fronteras nacionales, por el otro, los referentes naturales y primordialistas que delinean las identidades colectivas emergen con un inesperado vigor, perfilando una tensa oscilación entre el momento de lo único o universal y el de la diferencia o lo particular.

Junto a la complejidad asociada a los encuentros humanos en el marco de la intensificación de los flujos de interacción y de la consecuente apertura, se dibuja el horizonte de encuentros y el riesgo de las confrontaciones resultantes

de los reclamos de identidad. Las pertenencias e identidades colectivas más que ser expresión de universos totales e indiferenciados internamente, son ellas mismas producto de procesos de construcción y reconstrucción —cultural y social, individual y colectivos— cuyas dinámicas lejos están de corresponder a una definición fundacional inmutable. Las identidades se transforman y se construyen y desafían el supuesto carácter unívoco de los procesos de transmisión. De allí que sin adoptar una aproximación situacionista extrema —cuyas limitaciones frente a aspectos básicos de las identidades y pertenencias colectivas primordialistas resultan evidentes—, es necesario reivindicar las perspectivas constructivistas de la vida social, de la cultura y, por ende, de las diferencias.³ Más aún, estructuras, interacciones y fronteras definen las identidades, por lo que cobra renovado significado la propuesta de un acercamiento comprensivo. Toda identidad conlleva estructuras profundas que se concretizan en la superficie como resultado de combinaciones diversas y formulaciones variadas; estructuras que pueden consistir, siguiendo a Levi Strauss, en cierto número de enunciados no unívocos sino conflictivos y aun contradictorios. La diversificación identitaria expresa los procesos de reformulación que en parte pueden trazarse en líneas de continuidad y en parte de ruptura.⁴ A partir de ello es posible comprender que en el seno de las culturas lo compartido no cancela la propia diversidad interna, las pugnas y las disputas a través de las cuales ésta se construye, se apropia, reinventa, crea y recrea.

Procesos de globalización e identidades

Los procesos de globalización han pluralizado el universo identitario, marcado por un desarrollo dual. Por una parte, se despliegan identidades que se desarrollan en espacios virtuales, desarraigados de los espacios territoriales o geográficos, que se constituyen a raíz de la intensa red de interacciones sociales supranacionales —actores supranacionales, tales como las empresas transnacionales, organismos internacionales y agencias privadas, así como por organizaciones no gubernamentales internacionales, comunidades epistémicas⁵ y otros actores que nacen y se desenvuelven estrechamente vinculados al desarrollo de las nuevas técnicas de comunicación e información y a la “apropiación reflexiva del conocimiento”.⁶ Por otra parte, y de manera simultánea, surgen, resurgen y reclaman una nueva visibilidad, en clave de diferencia, identidades primordialistas, tanto religiosas como étnicas, lingüísticas y culturales. Estas últimas, a su vez, amplían los horizontes en los que ser y pertenencia se expresan, rebasando, como veremos, delimitaciones territoriales.

La emergencia de este desarrollo dual de universos identitarios se deriva de varias dimensiones y órdenes de hechos asociados a la globalización, entre los que destacan, la desterritorialización y porosidad de las fronteras, que desvinculan a la vez que conectan las identidades con los espacios geográficos específicos y marcan nuevas dinámicas entre lo global y lo local, cuyas lógicas interactúan hoy, de manera novedosa e impredecible, en diversos planos y sentidos. Ciertamente el desarrollo de nuevos espacios globales así como la incertidumbre que la rapidez e intensidad de los flujos globales generan refuerzan este mismo carácter dual. Así, como resultado de una interacción transfronteriza cada vez más intensa, diversos grupos, comunidades y/o clases adoptan identidades y lealtades que se sitúan por encima de sentimientos nacionales, como es el caso de nuevos movimientos sociales, de los miembros de elites corporativas, comunidades epistémicas y de diásporas y asumen valores tales como el crecimiento económico, los derechos humanos, derechos de la mujer, derechos de minorías, entre otros.⁷ La globalización, paralelamente, alienta y fortalece identidades y lealtades locales, étnicas, religiosas, culturales. Los espacios globales dan nueva densidad a lo cercano y específico, a lo propio y particular y alientan la construcción de identidades colectivas sobre bases, espacios y marcos que recuperan con nuevas fuerzas y visibilidad códigos confrontados por los procesos de individualización y de secularización.

El despliegue de identidades colectivas obedece, a su vez, a las transformaciones por las que atraviesa el Estado, en particular, la pérdida del monopolio en varios ámbitos, especialmente en lo que respecta a su influencia en la construcción de los imaginarios políticos, a la crisis del centralismo y su consecuente repliegue en diversos ámbitos económicos y sociales y a la afirmación de la sociedad como espacio de lo público. Hoy la soberanía pierde fuerza porque los Estados deben compartir la tarea de gobernar con organismos internacionales públicos, no gubernamentales, privados y cívicos. Paralelamente, hacia adentro, enfrentan nuevas formas de reagrupamiento de la sociedad civil y de búsqueda de participación política. Ciertamente, las bases del contrato social que ofrecieron los Estados nacionales se modifica y la relación entre el Estado y la nación adquiere nueva dinámica. Los estados pierden capacidad para influir tanto en las concepciones de nación, como en los imaginarios e identidades étnicas que mezclan y traslapan aspiraciones de alcance local, nacional, global y aun universal.

La recomposición y emergencia de estos universos identitarios se deriva también de la sociedad de redes, que pone al alcance de las comunidades recursos de comunicación para formular su derecho a la diferencia en planos globales. De igual modo, incide sobre los procesos de construcción de identi-

dades el desplazamiento y fragmentación de los discursos y referentes de la modernidad en el contexto de un orden global. Así, se ha afirmado que la globalización produce condiciones de modernidad radicalizada: las relaciones sociales y la comunicación a nivel mundial pueden ser una de las causas del debilitamiento de sentimientos nacionalistas vinculados con el Estado-nación y por ello, da lugar a otro tipo de identificación regional o étnica que refuerza la emergencia de conflictos con tintes localistas. En esta línea de pensamiento, a medida que las relaciones sociales se amplían, se fortalecen los procesos de autonomía local y de identidad cultural regional.

Según Appadurai,⁸ la tensión entre la homogeneización y la diferenciación cultural es el problema central de las interacciones globales. Las fuerzas homogeneizadoras experimentan procesos de asimilación o indigenización y la cultura global se exhibe como un orden complejo plagado de desajustes y traslapes que no puede ser explicado a partir de esquemas simplificadores como el de centro-periferia, excedente-déficit, o consumidores-productores. La complejidad del orden global, a su juicio, sólo puede entenderse a partir del análisis de los desajustes y traslapes entre las diferentes dimensiones de los flujos globales culturales; todas estas dimensiones se superpone en situaciones particulares y provocan desajustes y desarticulaciones, especialmente en lo que toca a la búsqueda de identidades étnicas y diásporas que chocan o se superponen a identidades nacionales. Desde esta óptica, ante transformaciones incontrolables y confusas, se refuerza la necesidad de reagruparse en torno a identidades primordiales, religiosas, étnicas, territoriales o nacionales.

Por su parte, Castells⁹ enfatiza que en un mundo de flujos globales de riqueza, poder, e imágenes, la búsqueda de una identidad, colectiva o individual, asignada o construida, se convierte en la fuente fundamental de significado social. Esta no es, desde luego, una nueva tendencia, pero adquiere nuevas dimensiones con la intensidad de las interacciones globales y los desajustes que éstas provocan. Considera que la sociedad contemporánea, como sociedad de la información, está lejos de ser compacta, homogénea o coherente. Por el contrario, oscila con grandes tensiones entre dos fuerzas: la globalización (reticular) de la economía, la tecnología y la comunicación y el poder de la identidad; esto es, se da una permanente tensión entre la red global y el yo-nosotros identitario. A diferencia de Appadurai, quien acentúa la dimensión de aculturación diferencial, Castells subraya la dimensión de resistencia de las identidades, que oponen al nuevo mundo de flujos de información los códigos culturales enraizados en la tradición o en la experiencia local. Cabe destacar que, al reconocer que la sociedad red, procesadora de flujos de información, es incapaz de producir por sí misma identidades plausibles, precisamente por la

desestructuración radical a que somete al espacio y al tiempo, subsume las diferentes lógicas y opciones de las identidades tradicionales en el común denominador de lo local.

En este marco, los procesos de globalización refuerzan, a su vez, la individualización, la autonomía y la auto-diferenciación que apuntan hacia la tensión entre los derechos —individuales— y los compromisos —de acción colectiva— que aparecen como ejes centrales al debate contemporáneo.¹⁰ Así, junto al énfasis material y discursivo puesto sobre el momento individual por las transformaciones actuales y la conciencia de la globalización, se desarrolla una tensión recurrente entre éste y las implicaciones sobre la esfera pública de grupos, colectividades y bagajes culturales. Ello remite a las nuevas modalidades en las que se relacionan los sujetos con las identidades colectivas culturales —por una parte, participan voluntariamente en ellas y, por la otra, reclaman su libertad personal y su autonomía.¹¹ De allí que desde esta óptica el tema de las identidades colectivas y de las diferencias culturales en sociedades modernas está permanentemente confrontado con el del individualismo, que no puede ser minimizado sin abrir la puerta a prácticas que atentan contra el ordenamiento democrático.

En efecto, a nivel del individuo y de su microcosmos de interacciones con la realidad que lo rodea se plantean hoy universos culturales caracterizados por el polimorfismo, por la constante fluctuación y el movimiento, en un ir y venir a través de las fronteras de lo comunitario, lo nacional, lo transnacional, en un recorrido a través del cual las formas más tangibles de definición de pertenencia se desdibujan para dejar espacio a la posibilidad de la performatividad,¹² como una verdadera estrategia de afirmación de un yo híbrido y en proceso de reconfiguración, un yo que oscila entre diferentes universos significativos y construye su realidad a partir de una constante redefinición y negociación de códigos que le permiten participar del intercambio a diferentes niveles con individuos más o menos lejanos a él. En este nivel se descubre el modo como la diversidad cultural se transforma en un laberinto de posibilidades y potencialidades —nutridas por la intensidad y celeridad de los intercambios que la comunicación facilita— que le confieren a la identidad esa característica de extrema movilidad y mutabilidad. El encuentro y el contacto, físico o virtual, con una multiplicidad de visiones del mundo que se manifiestan en prácticas, en formas de comunicación y en sistemas de significación distintos, enfrentan el individuo a la posibilidad de moverse hacia la afirmación de modelos ya adquiridos y propios de una identidad colectiva y acceder, simultáneamente, a la hibridación de formas y contenidos.

Sin duda alguna, el contacto con la Otredad en el amplio horizonte igual y diferenciado de la cultura, genera el desarrollo de habilidades que le permiten al individuo entrar y salir de un sistema de interpretaciones para entenderse con los demás, y al mismo tiempo genera inevitables procesos en los cuales “algunas formas se separan de las prácticas existentes y se recombinan con nuevas formas en nuevas prácticas”.¹³ La idea de hibridación como un proceso de intercambio y reconfiguración de sistemas de comprensión de la realidad y sus consecuentes redefiniciones de prácticas y hábitos interactúa con las dimensiones colectivas de pertenencia definiendo en nuevas modalidades la experiencia de quienes están insertos en las dinámicas de mundialización y globalización.

Si bien es necesario diferenciar entre los universos identitarios para no caer en la paradójica esencialización de la diferencia, cobran relevancia las dimensiones individuales y colectivas de su construcción. No pocas veces la búsqueda individual de los parámetros de una identidad colectiva asume la forma de asíntota —de un acercamiento hacia algo que no se alcanza, a la manera de una línea recta que prolongada, se acerca indefinidamente a una curva sin llegar a encontrarla.¹⁴ Otras veces, la relación de los sujetos con su pertenencia colectiva primordial se da en clave de desplazamiento, a través del difícil tránsito por fronteras que devienen espacios de transgresión pero que no están exentas de las interacciones culturales.

En todo caso, las interacciones entre las dimensiones individuales y colectivas identitarias asumen una dinámica novedosa que impactan la expresión misma de la diversidad. Los procesos globalizadores contemporáneos derivan en nuevas formas de desdibujamiento de las fronteras conceptuales y físicas dentro de las cuales se había gestado y consolidado el concepto mismo de la diversidad. Por un lado, la dimensión transnacional se constituye en un marco relevante dentro del cual se articulan las nuevas interrelaciones entre los diferentes grupos, forzando las antiguas fronteras nacionales que parecían ser el criterio ordenador de las relaciones entre culturas distintas. Por el otro lado, los diferentes niveles y formas de hibridación cultural mueven las fronteras de la adscripción cultural a un nivel más individual e interpersonal. El primer fenómeno se puede ubicar en el ámbito de un replanteamiento de las relaciones interculturales, en un nivel más sociodemográfico e institucional, donde el principal actor puesto en cuestión es el Estado-nación como referente a partir del cual construir pertenencia o diferenciación.¹⁵ Si hasta hace una década las comunidades diaspóricas, caracterizadas por el desplazamiento geográfico de un territorio (mitológico o material) de origen a un territorio de llegada (el nuevo país de destino de las migraciones de masas) de grupos consistentes

de individuos de una misma "cultura" (o etnia) fue adoptado como categoría a partir de la cual explicar el multiculturalismo, hoy en día la multiplicación de los referentes de esas mismas comunidades de migrantes complejizan el escenario introduciendo nuevas formas de interconexión de comunidades a nivel global que rebasan la unidad del referente estatal y comunal para la elaboración de modelos de pertenencia que se manifiestan tanto en la esfera pública como en la privada. Hoy también las comunidades minoritarias de migrantes o de minorías culturales construyen sus recorridos de identificación a lo largo de vínculos más diferenciados tanto en términos de tipologías cuanto en términos cuantitativos, manifestando una realidad de redes que traspasan las antiguas fronteras para establecer relaciones que originan nuevas formas de ser comunidad. Diversas formas de expresión del transnacionalismo ejemplifican este movimiento.

Paralelamente, habría que destacar, sin embargo, el papel complejo del Estado en calidad de promotor de identidad y de participación. Puede desplegar un rol activo en la legitimidad o fomento al desarrollo de procesos vueltos al mantenimiento y al desarrollo de los rasgos distintivos de grupos y minorías, protegiendo su lengua, su cultura, sus costumbres, entre otros. Es responsable de la inclusión de minorías, por ejemplo, generando las condiciones básicas para que sea posible su participación política y establecer y manejar aún sus propias instituciones en ámbitos específicos.¹⁶

Más aún, la coexistencia de identidades múltiples exige flexibilizar el concepto mismo de multiculturalismo intrínsecamente ligado a un sistema de categorización de fronteras fijas.¹⁷ Se podría delinear la hipótesis de la pertinencia de una definición de multiculturalismo a "doble velocidad": por un lado el aspecto de la convivencia intercultural en marcos sociales e institucionales caracterizados por la participación de las identidades colectivas en la esfera pública; por otro lado el fragmentado universo de la individualidad caracterizado por un dinamismo constante que, siguiendo a Brian Stross,¹⁸ se conforma a través de una serie de "ciclos de hibridación". Este doble tiempo puede dar cuenta de la fuerza de las identidades colectivas como principio estructurador de las interacciones sociales y como marco que abre la posibilidad de discernir entre los principios de articulación de aquéllas. Las identidades colectivas son el resultado de procesos de construcción social de fronteras y de confianza y solidaridad entre los miembros de una colectividad. Un aspecto central de dicho proceso es el de definir el atributo de "similitud" entre sus miembros *vis-a-vis* lo diferente, el otro. La construcción de identidades colectivas está moldeada por diferentes códigos o esquemas por medio de los cuales las concepciones y premisas ontológicas del orden social prevalecientes en la so-

ciudad influyen la definición de las principales arenas de interacción social y las estructuras de preferencias. Entre los principales códigos destacan el de lo primordial, el de la civilidad y el de lo sagrado o trascendente. Mientras que el código primordial se focaliza en componentes tales como la etnicidad, el género o el lenguaje para construir las fronteras entre el interior y el exterior, y el sagrado asocia las fronteras entre nosotros y ellos precisamente al ámbito de lo trascendente, el código cívico se construye sobre la base de la familiaridad con reglas explícitas de conducta, tradiciones y rutinas sociales.¹⁹

Los procesos de construcción de identidades colectivas se dan en diversos ámbitos o paisajes institucionales —ya sean territoriales, comunales o religiosos— y en diversos escenarios político-ecológicos —locales, regionales, nacionales— en el marco de un contexto global en el que interactúan, se intersectan y traslapan y sus componentes se rearticulan. El impacto diferencial de los múltiples escenarios —locales, nacionales y globales—, así como de la pluralidad de redes de interacción, parece ser una visión más acorde a la diversidad y complejidad de los paisajes en los que se despliega la vida social y se construyen las identidades.

De allí que resulte posible deslindar la amplia gama de identidades colectivas y de los movimientos etno-regionales y micro-regionales originados en nuevos y viejos entornos estatales, cuyas demandas y expectativas refieren de lleno a las formas del ordenamiento político y cultural; éstas oscilan entre el reconocimiento de la diferencia en un marco democrático multicultural y el cuestionamiento del orden político democrático vigente; entre el multiculturalismo integrador y el desintegrador.²⁰ El deslinde se exige porque la política de la identidad y la diferencia no es única. Habría que diferenciar entre la experiencia de identidades colectivas y nuevos movimientos sociales que gravitan en contextos democráticos y aquella que se da en el marco de reclamos de separatismos étnicos, lingüísticos, raciales o religiosos. Mientras que la primera nos confronta con la necesidad de revisar los procesos de reconocimiento y negociación, la segunda se construye sobre la demanda radical de construcción de un nuevo ordenamiento político caracterizado, precisamente, por la homogeneidad grupal (étnica, religiosa, nacional o cultural) que pretende combatir.

Este último se ha intensificado en el mundo contemporáneo, inicialmente, tras los procesos de desintegración de la Unión Soviética y la redefinición del mapeo étnico y nacional europeo. El doble movimiento de apertura hacia nuevas formas de organización socioeconómica y política y, simultáneamente, de una explosión de localismos y conflictos étnicos más o menos xenofóbicos, condujo a una lectura del inicio y fin del siglo xx en clave de explosión de nacio-

nalismo. Así, Gellner²¹ planteó que el siglo pasado gestó dos grandes explosiones de nacionalismos: la de la Primera Guerra Mundial y la que se desarrolla a partir de la disolución política y el colapso económico de la URSS. La transformación de grandes grupos culturales previamente dominantes en minorías, en el marco de nuevas unidades nacionales, facilitó las condiciones para la emergencia de movimientos étnico-nacionalistas en Europa Oriental. Mientras que el creciente proceso de reestructuración de la economía mundial desembocó en imperativos de ensanchar las fronteras, reforzando las expectativas de sociedades abiertas, el flujo poblacional, ya sea en forma de trabajadores extranjeros, minorías, inmigrantes o exiliados, ha encontrado crecientes muros de contención.

Al tiempo que la apertura condujo al reconocimiento de la diversidad de la condición humana, la cerrazón se tradujo en el cuestionamiento de esta diversidad. La cuestión del "Otro" oscila así, de un modo difícil, entre su reconocimiento y su negación y esta última ha asumido nuevas formas de exclusión, marginación, rechazo y discriminación que, confrontadas a las dimensiones étnicas y religiosas, se nutren y se ven mediadas por el peso histórico de los prejuicios.²²

El nacionalismo étnico exhibe diferentes modalidades. Desde la que condujo a la creación de los Estados en el siglo XIX o la de los nuevos en el XX hasta la de los nacionalismos contra el Estado, en los que los grupos étnicos buscan su separación, con diferentes grados de autonomía, desde transferencias de poder a las comunidades en el marco de los países en los que se encuentran, hasta la separación total.²³

Otra forma de manifestación es la de los conflictos pluriétnicos de poblaciones inmigradas, protagonizados por poblaciones que se han desplazado y mantienen en el nuevo entorno su identidad originaria. De frente a las actitudes contradictorias por parte de las sociedades y Estados —que a la vez exhiben pretensiones asimilacionistas y expresiones de rechazo—, estos grupos reafirman de diferentes formas su identidad particular. Una expresión ulterior de las identidades étnicas es la que se observa en los llamados conflictos multiétnicos de poblaciones nativas, representadas por poblaciones que han sido marginadas, discriminadas y aun aniquiladas en sus propios territorios, como es el caso de las poblaciones indígenas. El separatismo étnico en zonas multiétnicas evidenciaría no sólo la dificultad sino también el desafío de organizar a la sociedad civil alrededor de ejes en los que la etnicidad o la membresía política se disputan su lugar.²⁴

Un amplio espectro de contextos geopolíticos y sociales ha dado lugar a demandas diversas de identidad con variadas dinámicas internas de configu-

ración de los movimientos que las orientan y representan, asociadas, también, a los perfiles de sus propios liderazgos, como agentes de articulación de las demandas en los nuevos contextos globales. Así, parte sustantiva de la emergencia y desarrollo de los movimientos separatistas de los quebequeses y de los catalanes se explica por la presencia de elites suficientemente independientes de Ottawa y de Madrid, respectivamente, para llevar a cabo sus propias transacciones económicas y culturales. Los procesos de globalización han permitido, tal como señalamos, el desarrollo de redes regionales más allá de las fronteras nacionales, haciendo posible acortar los circuitos tradicionales de toma de decisiones centralizadas en cuestiones relativas a la banca, las finanzas, las comunicaciones y el transporte. Estos cambios políticos y económicos se proyectan en nacionalismos lingüísticos y separatismos, precisamente porque la lengua franca de la economía global no está basada en la vieja lingüística de los idiomas nacionales.²⁵

Diversidad, cultura y política

En este contexto, resulta medular revisar el papel que los diferentes ámbitos de la esfera pública están llamados a jugar como terrenos de expresión de la diferencia, en nuevas articulaciones entre cultura, política e instituciones y el papel de estas últimas y de las organizaciones en la regulación del conflicto entre los grupos y en la construcción de los mecanismos de mediación. La creciente complejidad de la realidad que hoy enfrentamos, sus posibilidades y desafíos, nos conducen a explorar la necesidad de que, junto al pluralismo cultural y a la diversidad social, se afirme la importancia del pluralismo político e institucional para garantizar los espacios institucionales de construcción de consensos. Las instituciones resultan fundamentales porque son las que cultivan normas compartidas y moldean las interacciones para la elaboración de acuerdos.²⁶ Por ello, el debate en torno a la diferencia no puede hacerse al margen de la construcción de una convivencia democrática y competente, consecuentemente, a la cultura, a la sociedad y a la política.

Es en este sentido que es posible afirmar que la diversidad está asociada a los profundos cambios en los espacios sociales y culturales y en los perfiles y las figuras de la política; en los espacios de mediación e intermediación; de representación y reconocimiento; de participación y acción. El pluralismo hoy ha emprendido una búsqueda en la cual, frente a su matriz liberal monocultural, se plantea la universalidad y la racionalidad como condiciones de convivencia intercultural. La cuestión es particularmente relevante: a partir del

reconocimiento de la emergencia de las identidades colectivas, la cuestión es cómo garantizar una perspectiva plural que les permita su expresión pública y, simultáneamente, cómo superar los riesgos de la petrificación e inmovilidad de las culturas y las identidades. Estas oscilan entre el reconocimiento de la diferencia en un marco democrático multicultural y el cuestionamiento del orden político democrático vigente; entre el multiculturalismo integrador y el desintegrador. Entendidos los universos culturales no sólo como resguardo de un patrimonio del pasado sino como resultado de procesos de creación, invención, apropiación y construcción en el marco de identidades que se transforman y se recomponen, las culturas emergen en su propia diferenciación interna: nunca son unitarias, ni indivisibles u orgánicas; por el contrario, son una conjunción de ideas, elementos, patrones y conductas distintivas. Estas se definen por el pluralismo de “muchos fines, valores últimos, algunos incompatibles con otros, buscados por diferentes sociedades en tiempos diferentes o por diferentes grupos (etnias, iglesias) en una sociedad o por una persona particular en ellos”.²⁷ Hoy, sin embargo, esta universalidad debe abrirse a nuevas posibilidades en las que el respeto universal y una reciprocidad igualitaria operen como base de la interacción humana y plural. La reivindicación del diálogo recupera la visión de que las normas pueden validarse si quienes serán afectados por sus consecuencias pueden incorporarse a un discurso práctico a través del cual son adoptadas. Hay que subrayar, sin embargo, que ello está estrechamente asociado a entornos en los que los diálogos políticos y morales parten del presupuesto de respeto, igualdad y reciprocidad entre los participantes. Discursos prácticos que conjugan precisamente los discursos morales sobre normas universales de justicia; discursos éticos sobre las diferentes formas de la vida buena y discursos político-prácticos, sobre lo factible. Por ello, es necesario tener presente las diferencias entre contextos en los que las identidades colectivas no han militado contra la idea de sociedad civil sino que, por el contrario, las asociaciones voluntarias se han organizado legitimando sus intereses diferenciales y sus logros conjuntos a nivel institucional y aquéllos en los no fue aceptado el principio de autonomía individual y de igualdad como sustrato de la vida política y, consecuentemente, de las asociaciones.²⁸ En el primer caso, la interacción mutua entre valores-grupos y con el Estado estaría definida por una racionalidad instrumental y ninguno se presenta como, ni representa, una visión moral alternativa a la sociedad en su conjunto. De allí que el interrogante en torno a la posibilidad de la democracia nos remita también hacia la necesidad de distinguir los valores particulares vehiculados por colectividades múltiples y no como universos metafísicos-morales alternativos y en conflicto.

Los nexos entre identidades, cultura y civilidad política están mediados por la sociedad civil, que cobra un nuevo significado como destacado ángulo en el que se aspira a ventilar y resolver las renovadas contradicciones entre individuo y comunidad; libertad e igualdad; entre solidaridad y justicia. La civilidad que hace posible la política democrática puede solamente ser aprendida en las redes asociativas, que adquieren hoy por hoy un alcance global a partir de las interacciones transfronterizas que se desarrollan entre sus filiales y miembros. La esfera social es así un ámbito de valores e instituciones que generan simultáneamente la capacidad de crítica social e integración democrática; que descansa sobre solidaridad y sobre democracia como un modo de vida; es un ámbito competitivo de conflictos partidarios pero también un espacio de desinterés cosmopolita.²⁹

La arena pública para la construcción de la democracia implica pensar los procesos, espacios y mecanismos en los que la diferencia se expresa y se negocia. Si bien se ha considerado que a través de la acción e interacción de los grupos sociales emergería una pluralidad de formas democráticas que se asemejarían al funcionamiento de la sociedad civil en su formulación ética, persisten serias incógnitas que se derivan de este tipo de planteamiento y que pueden formularse en términos de los riesgos asociados a una visión homogeneizante de la sociedad civil, toda vez que la comunidad moral a la que se aspira estaría basada en el entendimiento que debería conllevar necesariamente al consenso.³⁰ De allí que sea necesario interrogarnos acerca de las posibilidades que existen de construir la idea misma de sociedad civil desde la concepción de heterogeneidad plural.

Esto nos conduce nuevamente a la centralidad de mecanismos para regular el conflicto por vías democráticas; de allí que junto a la reemergencia del binomio democracia-sociedad civil resulta necesario reconocer la necesidad de que el pluralismo cultural no se de al margen del pluralismo político e institucional. Sin normas ni instituciones que permitan expresar y regular las diferencias, el pluralismo se desvanece en su opuesto, una nueva homogeneidad.

En el marco de procesos que no son unívocos México y América Latina experimentan tendencias contradictorias. En el seno de la sociedad civil se dan procesos de fortalecimiento y de fragmentación; de consolidación y de atomización. Parecería que dos polos se han desarrollado simultáneamente: una sociedad civil fuerte, similar a la de democracias establecidas y una marginal, susceptible de cooptación clientelista. El primer polo genera ciudadanos, el segundo sujetos apáticos materia para instancias de activación anómica de corta vida, no sostenible por la baja capacidad de organización autónoma.³¹ De manera complementaria, Oxhorn analiza estos procesos de fragmentación y

atomización como rasgo de los límites mismos que enfrenta la construcción de la ciudadanía, a través del concepto de neo-pluralismo, como patrón de incorporación política centrado en el mercado, que ha sustituido al patrón de incorporación centrado en el Estado.³² Éste exhibe un manifiesto acento autoritario ya que tras la existencia de autoridades constituidas por elección, hay pocos mecanismos de control de su gestión. Cobra especial relevancia su pregunta si la organización de la diferencia (clase, género, religiosa, étnica) amenaza con exacerbar tensiones o es un mecanismo importante para garantizar la inclusión social para minimizar su potencial explosivo.

El desafío entonces parece apuntar a la necesidad de fortalecer los vínculos entre diversidad, civilidad e institucionalidad; entre multiculturalismo y democracia.

Debemos reconocer que el fantasma y la realidad de las democracias no cívicas³³ radica en el desfase entre las instituciones formales de la democracia y la falta de ciudadanía efectiva en amplios sectores de la sociedad, lo que significa que la esfera institucional oficial está limitada a un reducido círculo que se beneficia de la ciudadanía efectiva.³⁴ Si atendemos los diagnósticos de la región, resulta evidente que mientras que en América Latina se consolidan los derechos políticos, hay todavía un largo camino que recorrer para alcanzar una construcción democrática cabal y la práctica ciudadana.³⁵ Ciertamente el despertar ciudadano figura entre los estímulos que alentaron el proceso de apertura y democratización. Los avances y retrocesos de la construcción de un orden democrático han estado asociados a la capacidad de combinar los cambios institucionales formales con la creación y expansión de prácticas democráticas y de una cultura de la ciudadanía.³⁶ Ello se da entre los márgenes de una diversidad que enfrenta déficit de representación así como opciones abiertas por la participación política y ampliación del espacio público. Consecuentemente, el estar en sociedad y la convivencia plural se construyen sobre la deliberación política institucional y jurídica por abarcar y alcanzar a los ciudadanos y colectivos. Entre otras tareas aplazadas está el contribuir a una nueva cultura en la cual el reconocimiento exige la apropiación y la defensa radical del discurso democrático, porque desde ahí, cuestiona las agendas pendientes en una democracia que tiene ante sí compromisos inacabados. La construcción de ciudadanía varía de acuerdo a la manera en que diferentes concepciones culturales básicas “resuelven” cuestiones fundamentales tales como, precisamente, el lugar de las identidades individuales y las colectivas; la significación y relevancia de las instituciones, normas y políticas, las identidades múltiples y móviles. La política adquiere significado a través de prácticas de descubrimiento cívico y a través de la producción de asuntos públicos y de es-

pacios públicos que implica una amplia gama que va de la elección de gobernantes a la distribución de recursos, la lucha contra la discriminación; el respeto a los derechos humanos; la defensa de la libertad religiosa, y la demanda de servicios públicos, entre otros.

Cierto es que el surgimiento y desarrollo de asociaciones cívicas y la construcción de espacios de acción ciudadana, al tiempo que canalizan y refuerzan la ampliación de la participación —correlato de la construcción de nuevas formas de representación— han contribuido al fomento de la vida democrática, creando normas de reciprocidad y confianza, tan necesarias para el funcionamiento de la vida social, económica y política. La proyección de estas iniciativas hacia formas de organización más estables, el amplio desarrollo de las organizaciones no-gubernamentales y sus nexos y alianzas internacionales para fortalecer su propia voz interna, dan cuenta de la complejidad de los procesos de globalización y sus potenciales aportes a la democratización.

De allí que desde diferentes regiones, se enfrenten hoy interrogantes acerca de los alcances y límites del reconocimiento político e institucional de la alteridad, inserta en los profundos cambios en los perfiles y las figuras de la política y en los espacios de representación y reconocimiento. Porque en esta línea de pensamiento, la ciudadanía puede ser vista y construida como canal de comunicación entre comunidades múltiples a las cuales los ciudadanos ingresan o rechazan, en el marco de un sustrato y marco proporcionado por la comunidad política.

Ciertamente la democracia no sólo depende de la justicia de sus estructuras básicas sino también de las cualidades y actitudes de sus ciudadanos. Ello resulta tanto más relevante en contextos que rebasan las fronteras tradicionales hacia el exterior e, internamente, rebasan la visión homogénea y totalizante de la sociedad. De este modo, la expresión de las diferencias en el espacio público llama a atender su factibilidad en sociedades en las que la diversidad está asociada a grupos que actúan en el marco de la aceptación del valor del pluralismo y de la democracia. La incertidumbre sobre cuál es el umbral compartido para construir una convivencia en la diversidad no es un dato menor.

Así, los procesos de globalización comportan riesgos pero abren ventanas de oportunidades. Estas últimas están asociadas precisamente al incremento de la conciencia de que los problemas que enfrentamos son globales y se derivan de una creciente interdependencia. De frente a la emergencia de nuevos universos identitarios y a la necesidad de explorar la visibilidad y la legitimidad de las diferencias, los procesos de globalización abren nuevas vías de mediación entre propuestas políticas y culturales como parámetros para la construcción de ordenamientos políticos. Es desde esta perspectiva que la diversidad está aso-

ciada a la búsqueda del equilibrio que es necesario construir entre el confinamiento de las pertenencias grupales a una existencia como enclaves más o menos visibles, más o menos legítimos —confinamiento que no es privativo de una estrategia estatal sino que puede derivarse de los propios reclamos por preservar estilos de vida cerrados— o plantear su disolución por asimilación. El riesgo del aislamiento puede agudizarse en el marco de sociedades de redes globales que paradójicamente, sin embargo, conectarían entre sí enclaves.³⁷ La visibilidad de las diferencias oscila entre las oportunidades de reconocer la alteridad como a los riesgos de fragmentación o feudalización de la vida pública a la luz de los cambios en la lógica de la acción colectiva e individual, en el marco de sociedades que han asumido nuevas formas de automovilización. De este modo, los nexos entre diversidad, democracia y globalización resultan fundamentales para una inclusión ciudadana en los marcos de las identidades colectivas y del pluralismo institucional.

No todos los particularismos son necesariamente adaptables a una política de reconocimiento: de acuerdo con Raz es factible en sociedades en las que la diversidad está asociada a grupos culturales estables que desean y son capaces de perpetuarse en el marco de la aceptación del valor del pluralismo y de la democracia. El respeto universal y una reciprocidad igualitaria parecerían por ello operar como base de la interacción humana y plural.³⁸ El carácter integrador y universalista del reconociendo de la diversidad exige que las diferencias sean negociadas en los espacios y a través de los mecanismos que refuerzan la civilidad y la democracia. Entendemos, sin embargo, que esta concepción de pluralismo enfrenta riesgos. Así, de frente a los esfuerzos contemporáneos por normar una ética intercultural, en la que se ubica el sujeto como centro de una moralidad que construya una razón dialógica entre culturas, resulta necesario hacernos cargo de las dificultades derivadas de la existencia de universos normativos diferentes. Atendiendo de modo ejemplar el lugar de la religión en la cultura, aquélla no es sólo un repertorio de prácticas e interpretaciones sino también un espacio que contiene principios normativos y fuentes de autoridad —en la revelación— que disputan su lugar a la razón. Es por ello es que hemos destacado la necesidad, en acuerdo con Katznelson,³⁹ de la coexistencia de diversos pluralismos y el modo como la convergencia entre ellos pueden contribuir a identificar una zona similar a la privacidad pública que pensó Locke, al proveer vehículos institucionales para que las particularidades grupales puedan entrar a la arena pública con las dinámicas requeridas para el juego democrático.

NOTAS

- ¹ Waters, 1995; Bokser y Salas Porras, 1999.
- ² Giddens, 1994.
- ³ Wieviorka, 1998; Benhabib, 1996, pp. 67-94.
- ⁴ Ben-Rafael, 2002.
- ⁵ Haas, 1992.
- ⁶ Giddens, 1994.
- ⁷ Scholte, 1998.
- ⁸ Appadurai, 1992.
- ⁹ Castells, 1999.
- ¹⁰ Bokser y Salas Porras, 1999; Bokser, 2002.
- ¹¹ Wieviorka, 1998.
- ¹² Gilroy, 1993.
- ¹³ Rowe & Schelling, 1991, p. 231.
- ¹⁴ Asintota, del griego *a, sin; sunpíptein*, coincidir (Vid. Hupert, 2004, pp. 15-48).
- ¹⁵ Wieviorka, 1998.
- ¹⁶ Ghai, 2003, pp. 5-28.
- ¹⁷ Bokser, 2008.
- ¹⁸ Stross, Summer 1999, pp. 254-267.
- ¹⁹ Eisenstadt, 1995.
- ²⁰ Benhabib, 1996.
- ²¹ Gellner, 1994.
- ²² Bokser, 1997.
- ²³ Kymlicka & Norman, 1995.
- ²⁴ Taguieff, 1995.
- ²⁵ Benhabib, 1996.
- ²⁶ Katznelson, 1996.
- ²⁷ Berlin, 1983.
- ²⁸ Seligman, 1992.
- ²⁹ Alexander, 2006.
- ³⁰ Cohen, Winter 1985.
- ³¹ Waisman, 1997.
- ³² Vid. su artículo "Neopluralismo y los retos a la ciudadanía en Latinoamérica" en este mismo libro.
- ³³ Thede, 2002.
- ³⁴ *Ibid.*
- ³⁵ PNUD, 2005.
- ³⁶ Jelin, 1996.
- ³⁷ Portinaro, 2000.
- ³⁸ Katznelson, 1996.
- ³⁹ *Ibid.*

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander**, Jeffrey (2006), *The Civil Sphere*, Oxford: Oxford University Press.
- Appadurai**, Arjun (1992), "Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy", en Mike Featherstone (ed.), *Global Culture*, London: Sage.

- Benhabib**, Sheyla (1996), "Toward a Deliberative Model of Democratic Legitimacy", en Sheyla Benhabib (ed.), *Democracy and Difference: Contesting the Boundaries of the Political*, Princeton: Princeton University Press.
- Ben-Rafael**, Eliezer (2002), "Ethnicity, Sociology of", en *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, vol. 7, London: Elsevier.
- Berlin**, Isaiah (1983), *Contra la corriente*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Bokser** Liwerant, Judit (1997), "El racismo hoy", en *La problemática del racismo en el siglo veintiuno*, VI Jornadas Lascasianas, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- ____ (2002), "Globalization and Collective Identities", en *Social Compass, International Review of Sociology of Religion*, vol. 49, núm. 2, London: Sage, pp. 253-271.
- ____ (2008), "Multiculturalismo", en Germán Pérez Fernández del Castillo (ed.), *El Léxico de la política en la globalización: nuevas realidades, viejos referentes*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- ____ y Alejandra Salas Porras (1999), "Globalización, identidades colectivas y ciudadanía", en *Política y Cultura*, núm. 12, México: Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.
- Castells**, Manuel (1999), *La era de la información*, t. 1; *La sociedad red*, t. 2; *El poder de la identidad*; t. 3, *Fin de Milenio*, México: Siglo Veintiuno.
- Cohen**, Jean L. (Winter 1985), "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", en *Social Research*, vol. 52, núm. 4, New York: Mack Editor, pp. 663-716.
- Eisenstadt**, Shmuel Noah (1993), "The Constitution of Collective Identity. Some Comparative and Analytical Indications", en Bernhard Schäfers (ed.), *Lebensverhältnisse und Soziale Konflikte im Neuen Europa*, Frankfurt: Campus Verlag, pp. 485-491.
- Gellner**, Ernest (1994), *Encounters with Nationalism*, Oxford, Cambridge: Blackwell.
- Ghai**, Yash (2003), *Public Participation and Minorities*, London: Minority Rights Group International.
- Giddens**, Anthony (1994), *The Consequences of Modernity*, Cambridge: Polity Press.
- Gilroy**, Paul (1993), *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, London & New York: Verso.
- Haas**, Peter M. (1992), "Epistemic Communities and International Policy Coordination", en *International Organization*, vol. 46, núm. 1, Knowledge, Power, and International Policy Coordination, Cambridge University Press, University of Wisconsin Press and The MIT Press, pp. 1-35.
- Hupert**, Pablo (2004), "¿Qué es ser hoy judío acá? Notas para una experiencia", en Varios autores, *Qué significa ser judío hoy*, Buenos Aires: Asociación Mutual Israelita de Argentina (AMIA) Mila.
- Jelin**, Elizabeth (1996), "La construcción de la ciudadanía: entre la solidaridad y la responsabilidad", en Elizabeth Jelin et al., *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*, Caracas: Nueva Sociedad.
- Katznelson**, Ira (1996), *Liberalism's Crooked Circle*, Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Kymlicka**, Will & Wayne Norman (1995), "Return of the Citizen: A Survey of Recent Work on Citizenship Theory", en Ronald Beiner (ed.), *Theorizing Citizenship*, Albany: State University of New York Press.
- Programa** de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2005), *Informe sobre Desarrollo Humano 2005. La cooperación internacional ante una encrucijada. Ayuda al desarrollo, comercio y seguridad en un mundo desigual*, Nueva York, Madrid: PNUD, Ediciones Mundi-Prensa..
- Portinaro**, Pier Paolo (2000), "Multiculturalismo e Globalizzazione, Oltre lo Statu postnazionale?", en *Coloquio Ciudadanía e Identidades Colectivas*, México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y Universidad Nacional Autónoma de México.

- Rowe**, William y Vivian Schelling (1991), *Memory and Modernity: Popular Culture in Latin America*, London: Verso.
- Scholte**, Jan Aart (1998), "The Globalization or World Politics", en John Baylis and Steve Smith (eds.), *The Globalization of World Politics, An Introduction to International Relations*, London: Oxford University Press.
- Seligman**, Adam (1992), *The Idea of Civil Society*, New York: The Free Press.
- Stross**, Brian (Summer 1999), "The Hibrid Metaphor. From Biology to Culture", en *Journal of American Folklore*, Special Issue, "Theorizing the Hybrid," vol. 112, núm. 445, pp. 254-267.
- Taguieff**, Pierre Andre (1995), "Racisme-Racismes: Eléments d'une Problematisation", en *Magazine Littéraire*, num. 334.
- Thede**, Nancy (2002), "Los desafíos de la construcción de una cultura democrática en un mundo globalizado", en *Democracia y formación ciudadana*, Valentín Almaraz Moreno (ed.), México, Instituto Federal Electoral, Sinergia.
- Waisman**, Carlos (1997), "Civil Society, State Capacity and the Conflicting Logics of Economic and Political Change", en Philip Oxhorh y Pamela Starr (eds.), *Market or Democracy?*, Boulder: Lynne Rienner.
- Waters**, Malcom (1995), *Globalization*, London: Routledge.
- Wieviorka**, Michel (1998), "Is Multiculturalism the Solution?", en *Ethnic and Racial Studies*, , vol. 21, núm. 5, september, London: Routledge.